



PESTALOZZI, JOHANN HEINRICH (1746-1827)

MICHEL SOËTARD

Université Catholique de l'Ouest (Angers, Francia)
msoetard@aol.com

Pestalozzi puede ser considerado como el padre de la pedagogía moderna. Ha combinado, en una existencia siempre en movimiento, las experiencias prácticas, las reflexiones filosóficas y los relatos autobiográficos.

Su contexto vital y sociopolítico: la educación en el torbellino de la libertad

Nacido en Zúrich el 12 de enero de 1746, Johann Heinrich Pestalozzi cursa la escolaridad de la que se beneficia un hijo de ciudadano. La lectura de los escritos de Rousseau, y en particular del *Emilio*, marcará de manera decisiva su juventud estudiantil y será el “sistema de libertad” del ginebrino lo que le va a alejar de ser pastor y le va a llevar a comprometerse en una acción radical con la pretensión de regenerar la ciudad de Zuinglio. Decepcionado por la agitación política que acaba juzgando como estéril, se lanza a la profesión agrícola; después, víctima de sus sinsabores económicos, transforma su casa de Neuhof en taller de tejidos y de hilado del algodón, en donde acoge y hace trabajar a niños pobres errantes por el campo. Sin embargo, su objetivo sigue siendo filantrópico y político: se trata, favoreciendo el aprendizaje de un oficio, de desarrollar plenamente las capacidades de cada uno y, al mismo tiempo, de formar ciudadanos para una ciudad en la que los derechos individuales resulten plenamente reconocidos.

La ruina de su empresa industrial y de su loco proyecto, aunque coherente, de autofinanciarse por medio del trabajo de los muchachos va a comprometer a Pestalozzi en una larga travesía del desierto de la que sacará partido escribiendo un gran fresco novelesco, *Leonardo y Gertrudis*, que le granjea el éxito literario. Los acontecimientos que agitan a Francia en 1789 y el título de ciudadano de honor de la nueva República que le es concedido en 1792 reaniman su pasión por la libertad, pero ésta vacila cuando observa el derrotero que toman los acontecimientos a partir de 1792. Su proyecto de viaje a Francia con el fin de proponer su plan de educación popular no llega a concretarse. El curso de los acontecimientos le lleva a profundizar sobre la libertad en una obra filosófica publicada en 1797: *Mis investigaciones sobre el curso de la naturaleza en la evolución de la humanidad*, en la que apela a partir de ahora al dominio moral de la pulsión natural de libertad en un contexto social cuajado de contradicciones. Cuando el tsunami de la libertad llega a Suiza en 1798, Pestalozzi pone su pluma al servicio de la nueva República helvética. Conmovido por la matanza de Stans, solicita ser enviado a la ciudad siniestrada para abrir en ella una casa de acogida y de educación de huérfanos. Obligado a dejar la casa requisada, redacta en 1799 una admirable *Carta de Stans*, primera manifestación de su “Método”.

Le ofrecen el castillo de Berthoud en el que lleva a cabo, entre 1800 y 1803, sus primeros intentos de elaboración de un método cuyo programa traza en *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos* (1801). Obligado una vez más a interrumpir su experiencia con el fin de la República helvética, recibe en 1805 una invitación del cantón de Vaud para continuar sus ensayos en el castillo de



Michel
Soëtard



Pestalozzi en Stans (pintura de K. Grob, 1879).

Yverdón. Establece allí un colegio, famoso enseguida por su “Método” en toda Europa, y acoge en él a los hijos de los padres entusiastas de la nueva educación, pero también a cursillistas y visitantes ilustres que trasladarán las nuevas ideas pedagógicas a los sistemas educativos que se están construyendo por todas partes. De este modo mantiene relación con el muy ilustrado ministro español Godoy, quien, tras un informe positivo sobre las experiencias llevadas a cabo en Tarragona y en Santander, hace publicar una recomendación favorable al “Método Pestalozzi”: el 4 de noviembre de 1806 se abre solemnemente en Madrid el *Real Instituto Pestalozziano Militar*, que recibe entre sus alumnos al Infante de España. Pablo Montesino recibirá igualmente el influjo de Pestalozzi.

El fracaso de un proyecto de extensión del *Método* a la Confederación suiza va a ahondar, en 1809-10, las disensiones que fracturan al instituto de Yverdón y lo dividen en dos facciones: la de los idealistas que, tras Johannes Niederer, querían universalizar filosófica y políticamente el *Método*; y la de los realistas, que desean mantenerlo en los límites de la experiencia y de las meras didácticas. Pestalozzi, tentado por un momento de seguir a Niederer, acabará por tomar el partido de los segundos tras Schmid. Entonces el instituto se encaminará entre invectivas, soluciones fallidas y acciones judiciales hacia su ruina. Tras un intento, infructuoso, de revivir su viejo proyecto de escuela para los pobres, Pestalozzi decidirá cerrar Yverdón en 1825 para retirarse a su casa de Neuhof y redactar lo que puede considerarse como su testamento pedagógico, *El canto del cisne*. Muere en Brugg el 17 de febrero de 1827.

Su pensamiento: la revolución pedagógica

Pestalozzi ha llevado a cabo, en pedagogía, en la esfera de influencia del *Emilio*, una revolución idéntica a aquella, de carácter político, de la que él ha sido testigo activo en su país y en toda Europa.

El fenómeno económico que, en la realidad suiza, provoca su reflexión fue la irrupción del salario industrial en el mundo campesino, hasta entonces regulado por la naturaleza y socialmente conservador. De ahora en adelante, la subsistencia de los seres humanos se va a encontrar ligada a la habilidad de la mano, que implica a la vez una participación activa en los asuntos de la ciudad y “poner en las manos de cada uno” su propia existencia. Esta nueva habilidad, estimulada por la industria, debe formarse técnicamente. Pero al mismo tiempo existe un importante desafío de humanidad ligado al peligro de alienación, a la

amenaza de la pérdida de sí en un universo mecanizado; este peligro debería ser conjurado por una educación práctica preocupada prioritariamente por el desarrollo de la persona y por su autonomía, así como de la armonía social entre los individuos.

Esta última preocupación congenia con la lectura del *Contrato social* y también del *Emilio*. En esas obras halla Pestalozzi el impulso democrático y la herramienta pedagógica que busca. Pero enseguida se da cuenta de que son “libros de sueños” y que es preciso poner manos a la obra en la bella idea de libertad que abarcan. Éste será el sentido de su acción. Tentado por un momento por la política, acabará por convenir que la puesta en práctica de una pedagogía reflexiva y elaborada es el medio más adecuado para construir la nueva humanidad: “El principio y fin de mi política, acabará reconociendo, es la educación”.

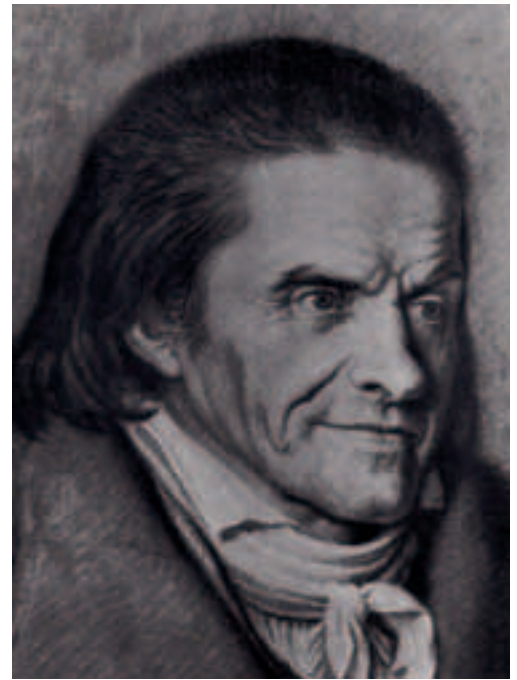
Su pedagogía se construye entonces sobre la base de una antropología que tiene en cuenta el desarrollo de las tres dimensiones de la persona: la *cabeza*, que simboliza el desarrollo intelectual (es la herencia griega); el *corazón*, que reenvía a un centro del que brotan la libertad del sujeto, el sentido del otro y el impulso hacia Dios (es la herencia cristiana); la *mano*, que tiene en cuenta la preocupación por el cuerpo y la capacidad técnica del hombre para transformar las cosas (es la novedad de la modernidad). Pestalozzi se esfuerza en extraer de la observación, en cada una de estas áreas, las leyes del desarrollo cuyo dominio debería permitir al educando “hacerse obra de sí mismo”, manteniendo como condición la autonomía de estas tres fuerzas que, planteadas como diferentes, han de mantenerse en equilibrio en el acto pedagógico, por muy delicado que sea el ejercicio.



Pestalozzi quiere que, en una segunda etapa, estas leyes con pretensión universal sean interpretadas y se pongan en práctica en función de la particularidad de cada niño, que las vive a su manera, tributario de su perfil psicológico, de su entorno social y de los acontecimientos en los que se mueve. Estas leyes del desarrollo deben ponerse al servicio del individuo y del florecimiento de su naturaleza, no a la inversa. Pues la libertad es la energía de la persona.

De este modo, Pestalozzi, en cada dimensión de la persona y con la ayuda de sus colaboradores en un clima de experimentación permanente, va a elaborar los medios pedagógicos aptos para sostener el desarrollo de las fuerzas que dan vida a la persona. Estos medios deberán ser *elementales*, es decir, deberán activar las fuerzas más cercanas al desenvolvimiento natural, estando en contacto con las realidades y evitando perderse en construcciones didácticas artificiales. Se producirán así en Yverdon libros de educación elemental que se convertirán en herramientas pedagógicas, pero que en ningún caso serán “manuales” sustitutivos de la acción. Pestalozzi trabajará también incansablemente en un *Libro de las madres*, convencido de que la educación de la primera infancia es decisiva para la continuidad de la evolución humana.

Pero el pedagogo de Yverdon no querrá limitarse a una antropología pedagógica. Profundamente cristiano, de corazón más que institucionalmente, considera que un movimiento de benevolencia natural, incluso bien enca-



Johann
Heinrich
Pestalozzi.

minada, no basta para fundamentar la educación. Piensa que, si el educador quiere conjurar el egocentrismo que mina regularmente su movimiento hacia el niño, debe, teniendo en cuenta el modelo de Cristo, cargar su amor con una dimensión de fe que haga verdaderamente del otro un fin en sí mismo, y no un medio para un beneficio afectivo en este mundo o en el otro. *Liebe und Glaube*, amor y fe, tal será el mensaje último de *El canto del cisne* que deja al pedagogo.

Pestalozzi funda así la pedagogía moderna, tanto en su letra como en su espíritu. La quiere completamente en contacto con las realidades de este mundo, en donde encuentra sus medios de acción. Sin embargo, al mismo tiempo, debe ocuparse en construir una humanidad dotada de competencias, pero igualmente de libertad, de responsabilidad y de sentido moral.

Para saber más

- PESTALOZZI, J. H. (2003). *El canto del cisne*. Barcelona: Laertes (introducción, traducción y notas por José María Quintana Cabanas).
- PESTALOZZI, J. H. (2008). *Pestalozzi a su época (1802-1803)*. Barcelona: PPU (selección, estudio preliminar y traducción por José María Quintana Cabanas).
- «Pestalozzi et l'Espagne», *Bulletin du CDRYP* (Centre de Documentation et de Recherche Pestalozzi d'Yverdon), n.º 18, (www.centrepestalozzi.ch). Información más específica en: centre.pestalozzi@yverdon-les-bains
- SOËTARD, M. (1987). *Pestalozzi (monographie illustrée)*. Lausanne: Slatkine.



Escudo sobre la entrada del Real Instituto Militar Pestalozziano de Madrid (pintado por Goya, 1807).



Textos de Pestalozzi

La naturaleza humana se desarrolla en tres dimensiones que tienen cada una de ellas sus propias leyes. La educación debe mantenerlas en equilibrio.

“Así pues, la conformidad a la naturaleza que esta idea [de educación elemental] supone en los medios de desarrollar y configurar nuestras facultades y disposiciones exige, en todo su conjunto, una subordinación de las necesidades de nuestra naturaleza animal a las necesidades superiores de nuestra esencia interior y divina de las disposiciones y capacidades de nuestro corazón, de nuestra mente y de nuestro arte; o sea, no otra cosa que *la subordinación de nuestra carne y sangre a nuestro espíritu*. Lo cual lleva consigo que todo el cúmulo de medios artificiales para el desarrollo natural de las facultades y disposiciones de nuestro humano linaje supone, si no un conocimiento claro, al menos sí un vivo sentimiento interior del proceso que sigue la naturaleza en el desarrollo y formación de nuestras propias facultades. Este proceso descansa en unas leyes eternas e invariables que, en lo fundamental, rigen cada facultad humana particular y se vinculan a ella con un impulso indestructible a desarrollarla. Todo nuestro proceso de desarrollo natural procede esencialmente de esos impulsos. El hombre quiere todo aquello para lo cual siente en sí mismo una capacidad y, en virtud de esos impulsos que hay en él, debe quererlo.

El sentimiento de esa capacidad viene a ser la expresión de leyes eternas, indestructibles e invariables que, en su disposición humana, subyacen al proceso de desarrollo de la naturaleza.

Estas leyes que básicamente surgen de lo propio de toda disposición humana particular, son, al igual que las facultades a las cuales rigen, distintas entre sí; pero todas ellas proceden, lo mismo que esas facultades a las cuales rigen, de la unidad de la naturaleza humana y, por esto mismo y pese a todas sus diferencias, se hallan íntima y esencialmente *unidas unas a otras*, y sólo por la armonía y el equilibrio con el cual concurren todas ellas en el género humano son para el mismo, de un modo verdadero, general y natural, configuradoras de lo humano. Constituye una verdad general que sólo aquello que afecta al hombre en las facultades comunes de la naturaleza humana, es decir, al hombre como *corazón, mente y mano* llega a ser para él formativo de un modo real, verdadero y natural.” (El canto del cisne, pp. 54-55).

A cada individuo su genio.

“Por más que tratéis de esclarecer sus principios fundamentales, simplifiquéis los medios lo más posible y proyectéis luz sobre la igualdad interna de su realización, será impensable toda igualdad externa de sus medios de realización; cada persona, en conformidad con sus peculiaridades individuales diferenciales, realizará esos medios de un modo distinto al de cualquier otra cuya individualidad no coincida con la suya. La fuerza para realizar esa idea la encontrará uno en su corazón y tratará de tender a ella con el noble impulso de su amor; mientras que otro reconocerá esa fuerza en la preponderancia intelectual de su individualidad, y tratará de buscar el camino para la realización de su objetivo en la claridad y exactitud de los caminos que llevan al mismo. Por su parte

otro procurará establecer ese camino a través de las facultades operativas y profesionales que aprecia en sí mismo; y realmente es bueno que eso sea sí. Hay genios del corazón, así como los hay de la inteligencia y del arte (o saber hacer).” (El canto del cisne, p. 78).

El papel primordial del círculo familiar.

“Y si nos preguntamos ahora cuál es ese centro en el cual los conocimientos intuitivos de la humanidad, es decir, los fundamentos sensitivos de nuestra educación intelectual se hallan reunidos para eso, vemos que no es otro que el círculo de la vida hogareña, que el niño está acostumbrado a considerar y del cual se halla necesitado desde la cuna y de la mañana a la noche. Es indiscutible que la repetición de la intuición de las cosas, es decir, la aparición de esos objetos reiterada de varias maneras ante los sentidos del niño es lo que puede hacer madurar y llevar a término en él la impresión de su intuición. Y es igualmente cierto que los hogares de las personas que tienen uno constituyen ese centro, y que fuera de la vida hogareña no hay lugar en que los objetos de intuición, ya desde la cuna, aparezcan a los sentidos de un modo tan adherente, ininterrumpido, plurifacético y afectando tanto a la naturaleza humana en todas sus exigencias, ni en que, consecuentemente, actúen sobre ellos dando una formación natural. Es en ese círculo familiar donde también se expresa con tanta naturalidad y sencillez la necesidad de captar de un modo diferenciado los medios de desarrollo de la capacidad humana.” (El canto del cisne, p. 85).

La piedra angular de la pedagogía: el amor purificado por la fe.

“Incluso el amor, entendido como simple benevolencia sensitiva, no es moralidad y menos aún religiosidad. Considera el grado supremo de la tranquilidad sensible de espíritu; considera el grado más alto de todos los medios de formación humana de esa tranquilidad de espíritu; piensa en el fenómeno –tan atractivo como quieras, pero animado sólo sensiblemente y, en consecuencia, sólo de un modo egoísta– del amor paterno, materno y filial en la vida familiar; considera además la benevolencia –también animada sólo sensiblemente– hacia amigos, vecinos y parientes, extendida incluso a los pobres y necesitados; imagínate todo eso elevado a lo que puede parecer una suprema capacidad de sacrificio animada sensitivamente y preguntate por su verdad y su esencia, y encontrarás y deberás encontrar que todo ello, a través de sus resultados únicamente abandonados a sí mismos, no produce ningún seguro fundamento de la pura y alta capacidad de la verdadera moralidad, es decir, de la religiosidad. Todos los resultados de nuestro amor y simpatía –animados sensitivamente– de unos individuos con otros, en virtud del egoísmo que suele estar en su base, llevan a las personas no más lejos de cuando nosotros amamos preferentemente nuestra carne y sangre, es decir, nos amamos a nosotros mismos en nuestros hijos. Y con respecto a todo el género humano esos resultados no nos llevan más lejos de amar a aquellos que a su vez nos aman a nosotros y a hacer el bien a aquellos que nos lo hacen.” (El canto del cisne, p. 205).